

con una especie de divinidad, penetrar transportado con el pensamiento hasta las entrañas de la tierra, recorrer en su seno todos los seis días de la creación, distraerse en seguida deliciosamente con el gran todo, despojarse de todo lo que se tiene de humano, y concluir esta sublime contemplación... (*con un gesto.*) No me atrevó á decir como...

FAUSTO. Calla.

MEFISTÓFELES. Ya sé que no puede agradaros esto, y que tenéis razón en pronunciar el fino *calla*. No se debe nombrar á los oídos castos lo que es indispensable á los castos corazones : en una palabra, deseo que gocéis mucho en engañaros á vos mismo de cuando en cuando. Sin embargo, es necesario que eso dure poco tiempo, porque te desesperarías muy pronto, y te sumirías en la locura, en la angustia y en la cólera. ¡Pero basta! tu querida te espera, y para ella no hay más que pena é inquietud : tu imagen no se va de su espíritu, y su pasión es ya mayor que su fuerza. No hace nada, que el delirio de tu amor se desbordaba como un río que se hincha con las nieves derretidas : se lo has derramado en el corazón, y ahora quedó seco tu río. Creo, que en vez de reinar en los bosques, sería mejor que el gran hombre recompensase á aquella pobre niña engañada con su amor. El tiempo le parece insufriblemente largo : siempre asomada á la ventana, mira como las nubes pasan por encima de las viejas murallas de la ciudad. ¡Si yo fuese pajarito! He ahí lo que está cantando todo el día y la mitad de la noche. Ya está alegre, ya triste; ya llora sin consuelo, ya parece tranquilizarse, y siempre ama.

FAUSTO. ¡Serpiente! ¡Serpiente!

MEFISTÓFELES, á parte. ¿No es verdad... que te enlazo?

FAUSTO. ¡Infame! ¡quítate de ahí, y no vuelvas á nombrar á esa niña encantadora! No ofrezcas más su posesión á mi espíritu, ya medio vencido.

MEFISTÓFELES. ¿Que importa? ella cree que has huído, y tú no estás lejos de hacerlo.

FAUSTO. Estoy junto á ella; pero aunque me hallara muy distante, jamás la olvidaría, jamás la perdería; sí, envidio el cuerpo del Señor cuando sus labios le tocan.

MEFISTÓFELES. Muy bien, amigo mío : yo mismo os he envidiado muchas veces aquellos dos gemelos que parecen entre rosas.

FAUSTO. ¡Marcha, alcabuate!

MEFISTÓFELES. ¡Bien! Me insultáis, y debo reirme. El Dios que crió al joven y á la joven, reconoció, desde luego, esta profesión como la más noble, y él mismo la ejerció. ¡Vaya un pesar! ¡Vais al cuarto de vuestra querida, y no á la muerte, me parece!

FAUSTO. ¿Que son entre sus brazos las alegrías del cielo? ¡Que me permita embriagarme sobre su seno!... ¿dejaré de sentir por eso miseria? ¿No soy yo el fugitivo... el desterrado? ¿el monstruo sin objeto y sin reposo... que como un torrente mugiendo de roca en roca, aspira con furor al abismo?... Pero ella, inocente, sencilla, con una cabañita y un poco de campo de los Alpes, habría pasado toda su vida en este mundo limitado, en medio de las ocupaciones domésticas. ¡Mientras yo, odiado de Dios, no satisfecho aún con arruinar su apoyo, es menester que aniquile toda la paz de su alma! ¡Infierno! ¡la necesitabas por víctima! ¡Dete prisa, demonio, abrevia el tiempo de mi angustia! ¡Que lo que haya de suceder, suceda pronto! ¡Desploma su destino sobre mí, y caiga conmigo al abismo!

MEFISTÓFELES. ¡Qué calor! ¡qué fuego!... ¡Ven y consuélala, pobre loco! Donde nadie vería un medio, ella cree ver el fin. Viva el que sabe conservar su valor! ¡Tú estás ya suficientemente endiablado! y no conozco nada tan ridículo como un diablo que se desespera.

—————

Habitación de Margarita.

MARGARITA, *sola á su torno.*

¡La tranquilidad ha huido de mí!... ¡Ay! para mi corazón enfermo ya no encuentro la paz, ni la encontraré nunca.

Donde quiera que no le veo, veo la muerte. ¡El mundo entero se cubre de luto!

¡Mi pobre cabeza se despedaza, mi pobre espíritu se aniquila!

¡La tranquilidad ha huido de mí!... ¡Ay! para mi corazón enfermo ya no encuentro la paz ni la encontraré nunca.

Todo el día estoy á la ventana, ó á la puerta de la calle para divisarle de más lejos, ó para volar á su encuentro.

Su paso arrogante, su porte majestuoso, la sonrisa de su boca, el poder de sus ojos.

¡El encanto de su palabra, su abrazo! y después, ¡ah! ¡sus besos!

¡La tranquilidad ha huido de mí!... ¡Ay! para mi corazón enfermo ya no encuentro la paz, ni la encontraré nunca.

¡Mi corazón se oprime cuando él se acerca! ¡Ah! ¡que yo no pueda asirle y retenerle para siempre!

¡Y abrazarle á mi gusto! ¡y acabar mis días al calor de sus besos!

Jardín de Marta.

MARGARITA, FAUSTO.

MARGARITA. Prométeme, Enrique...

FAUSTO. Cuanto puedo.

MARGARITA. Dime, pues, ¿cual es tu religión? Tú eres un hombre de un corazón excelente, pero me parece que no tienes mucha devoción.

FAUSTO. Dejemos eso, hija mía: tú sabes si te amo; por mi amor daría mi sangre y mi cuerpo; mas no quiero separar á nadie de su fe ni de su iglesia.

MARGARITA. Eso no es bastante; es preciso creer en ella.

FAUSTO. ¿Es preciso?

MARGARITA. ¡Oh! ¡si yo pudiese algo contigo!... Tú no veneras tampoco los santos sacramentos.

FAUSTO. Sí, los venero.

MARGARITA. Pero sin deseárselos. Hace mucho tiempo que no has ido á la misa ni á confesarte... ¿Crees en Dios?

FAUSTO. Querida mía, ¿quien osaría decir: *Creo en Dios*? Pregúntaselo á los sacerdotes y á los sabios, y su respuesta parecerá una burla de la pregunta.

MARGARITA. ¿No crees pues en él?

FAUSTO. Compréndeme mejor, amable criatura: ¿quién se atrevería á nombrarlo y á hacer este acto de fe: *Creo en él*? ¿Quién se atrevería á sentir y á decir: *No creo en él*? Él que lo contiene todo, que todo lo sostiene, ¿no te sostiene á ti, y á mí y á él mismo? ¿No se sustenta el cielo alla arriba? ¿No se extiende la tierra por aquí abajo, y no se elevan los eternos astros mirándonos amigablemente? ¿Mis ojos no ven los tuyos? ¿No arrastra hacia ti mi cabeza y mi corazón todo cuanto existe? ¿Y lo que hacia ti me

impele, no es un misterio eterno, visible ó invisible? Por profundo que sea, llena tu alma de él, y si con ese sentimiento eres dichosa, dale el nombre que quieras. ¡felicidad! ¡corazón! ¡amor! ¡Dios! Por lo que hace á mi, no tengo ningún nombre para eso. El sentimiento es el todo, el nombre no es más que ruido y humo que nos vela el esplendor de los cielos.

MARGARITA. Todo lo que hablas es bello y bueno: lo que dice el cura se parece á eso. Excepto algunas palabras.

FAUSTO. Todos los corazones, bajo el sol, lo repiten en su lenguaje; ¿por qué no decirlo yo en el mío?

MARGARITA. Si eso se entiende así, puede parecer razonable; pero aun queda, sin embargo, algo de oscuro, porque tú no crees en el cristianismo.

FAUSTO. ¡Hija mía!

MARGARITA. Y luego hace mucho tiempo que me da horror el verte con una compañía.

FAUSTO. ¿Cómo?

MARGARITA. El que tienes contigo... le odio con todo mi corazón. Nada me ha lastimado en mi vida como la cara repugnante de ese hombre.

FAUSTO. No temas nada, hija mía.

MARGARITA. Su presencia me altera la sangre. Soy muy benévola con los hombres; mas así como siento placer en mirarte, siento horror cuando le veo á él, hasta tal punto, que le tengo por un infame... Dios me perdone si le injurio.

FAUSTO. Es menester que haya también de esos bellacos.

MARGARITA. ¡Yo no viviría con un hombre semejante! Cuando entra echa unas ojeadas tan burlonas y medio coléricas! Se conoce que nada le interesa; lleva escrito sobre la frente que no puede amar á ninguna alma en

el mundo. Se me figura que estoy tan bien en tus brazos, tan libre, tan contenta.... Pues le veo, y su presencia me pone en un suplicio.

FAUSTO. ¡Presentimientos de este ángel!

MARGARITA. Me domina de tal modo ese disgusto, que siempre que él nos acompaña, me creo que ya no te amo. Cuando está con nosotros, jamás puedo rezar; esto me desgarrá el corazón, y á ti debe hacerte el mismo efecto, Enrique.

FAUSTO. ¿Tienes, pues, antipatías?

MARGARITA. Ya debo retirarme.

FAUSTO. ¡Ah! ¿no he de poder jamás reposar ni una hora sobre tu seno... estrechar mi corazón contra tu corazón, y unir mi alma con tu alma?

MARGARITA. Si siquiera durmiera sola, dejaría sin correr los cerrojos esta noche; pero mi madre tiene un sueño muy ligero, y si llegara á sorprendernos, me quedaría muerta en el acto.

FAUSTO. Ángel mío, no sucederá así. He aquí este pomito; dos gotas solas, derramadas en cualquier bebida, la adormecerán profundamente.

MARGARITA. ¿Que no haré por ti? ¿No contiene nada que pueda serle nocivo?

FAUSTO. ¿Te lo aconsejaría yo si así fuese, querida mía?

MARGARITA. — Cuando te veo, mi querido amigo, yo no sé que me obliga á no negarte nada; y he hecho ya tanto por ti, que ya apenas me falta nada que hacer. (Sale.)

MEFISTÓFELES *entra*. ¿Se ha ido la oveja?

FAUSTO. ¿Nos has espiado aún?

MEFISTÓFELES. Todo lo he oído. El señor doctor es el catequizado; espero que adelantaréis. Las jóvenes están muy interesadas en que uno sea muy dócil y

respetuoso por las antiguas costumbres. Si él se humilla ante ellas, piensan, también nos obedecerá fácilmente.

FAUSTO. ¡Este monstruo no puede concebir cuánto se atormenta esa alma fiel y amante, en medio de la creencia que la hace feliz, con la sola idea de que se pierda el hombre que tanto ama!

MEFISTÓFELES. ¡Oh sensible, sensibilísimo galán! Una niña hace de ti lo que quiere.

FAUSTO. ¡Vil, compuesto de lodo y fuego!

MEFISTÓFELES. Y ella comprende perfectamente las fisonomías: en mi presencia se encuentra, no sabe como: mi máscara le revela un espíritu oculto; conoce que de seguro soy un genio, tal vez el mismo diablo. ¿Y esta noche?

FAUSTO. ¿Que te importa?

MEFISTÓFELES. Tengo en ello mi parte de alegría.

En el lavadero.

MARGARITA Y LISETA, con sus cántaros.

LISETA. ¿No has sabido nada sobre Barbarita?

MARGARITA. Ni una palabra. Salgo poco de casa.

LISETA. Pues al fin, según me ha dicho hoy Sibila, también se ha dejado seducir. ¡Ya las tienes á todas con su tono!

MARGARITA. ¿Qué dices?

LISETA. ¡Es horroroso! ¡Qué lujo!

MARGARITA. ¡Ah!

LISETA. Ahí tienes en que ha venido á parar. ¡Qué de tiempo no estuvo dando crédito á ese tunante! Había que ir á un paseo, á una romería, á un baile, ella debía sobresalir siempre. El la halagaba continuamente con mil obsequios, y ella, muy pagada de su

hermosura, tenía la poca delicadeza de aceptarlos: primero una caricia, después un beso, y luego... lo que ha sucedido.

MARGARITA. ¡Pobrecita!

LISETA. ¡Y te da lástima! Cuando nosotras estábamos solas hilando, sin que por la tarde nos dejaran vuestras madres bajar á la puerta, ella sabía pasarse las horas muertas sentada junto á su amante, ó acompañándole en la alameda oscura. Que vaya ahora á humillarse y á hacer penitencia á la iglesia.

MARGARITA. Puede que se case con ella.

LISETA. Bien loco sería: un muchacho regular puede escoger donde quiera. La dejó...

MARGARITA. Eso no está bien hecho.

LISETA. Ya, aunque llegase á engañarle, no le valdría. Los chicos le arrancarían la corona, y nosotras echaríamos paja picada á la puerta de su casa.

MARGARITA, volviéndose á la suya. ¿Cómo me atrevía antes á hablar tan mal de la pobre muchacha, que tenía la desgracia de cometer esa falta? Cómo era que mi lengua no encontraba términos bastante duros para criticarla? Por feo que su delito pareciese, aún lo afeaba yo más. Y no contenta con esto, me santiguaba, y me santiguaba con todas las admiraciones que podía hacer; ¡y ahora soy el pecado mismo! ¡Pero... si todo me sedujo! ¡Dios mío! ¡era tan bueno! ¡Ay, era tan amable!...

Las murallas.

(La imagen de la *Mater Dolorosa* en un hueco de la tapia, con algunos tuestos de flores delante.)

MARGARITA, trae una maceta de flores. Echa sobre mi pena, ¡oh madre de los dolores, una mirada compasiva!

¡Con el corazón traspasado, contemplas llena de angustia la muerte cruel de tu hijo!

¡Tus ojos se elevan hacia su padre, y tus suspiros le demandan socorro para los dos!

¿Quién podrá sentir el mal que desgarrar mis entrañas, la inquietud de mi pobre corazón, lo que teme y lo que espera? ¡Tú sola, ¡ay de mí! puedes saberlo!

Adonde quiera que vaya ¡ay! siempre llevo conmigo un amargo, muy amargo dolor.

Apenas me quedo sola, cuando lloro, lloro y lloro; y mi corazón se me despedaza en el pecho.

Estas flores han nacido en mi ventana; todos los días las bañaba con mis lágrimas; esta mañana las he cogido para traértelas.

El primer rayo de sol que entra en mi alcoba me encuentra sentada en cama, entregada á todo mi dolor.

¡Socórreme! ¡sálvame de la vergüenza y de la muerte! ¡echa sobre mi pena ¡oh Madre de los dolores! una mirada compasiva!

La noche.

La calle de Margarita.

VALENTÍN, *militar, hermano de Margarita.* Cuando asistía á una de esas comidas donde todos se jactan, y mis compañeros me descubrían descaradamente sus amores, bañando el elogio de sus bellas con un vaso lleno, y yo con los codos apoyados sobre la mesa... sentado tranquilamente, escuchando todas sus fanfarronadas, sonriéndome, tomaba mi vaso y « diga cada uno lo que quiera, decía, pero ¿hay una comparable con mi querida Margarita, que sea digna de servir á mi hermana? » ¡Cierto! ¡justo! ¡bien! ¡tiene razón! ¡es

la honra del país! resonaba alrededor de mí, y enmudecían los alabanciosos. Y ahora... ¡esto es para desesperarse, para arrojarse contra una tapia! El más ruin puede aplastarme con sus burlas y sus desprecios. Y yo estaré delante de él como un culpable: ¡cada palabra que diga á la ventura me hará sudar á chorros! y aunque los descuartice á todos, nunca podré llamarles embusteros.

¿Quién va? ¿quién se desliza arrimado á la pared? no me equivoco, son ellos. Si es él, le castigaré como merece, no vivirá mucho tiempo sobre la tierra.

FAUSTO, MEFISTÓFELES.

FAUSTO. Por la ventana de la sacristia, se ve lucir allá dentro la claridad de la lámpara eterna, que vacilante se debilita, y cada vez menos brillante, la circundan las tinieblas; así es cómo anochece en mi corazón.

MEFISTÓFELES. Y yo me siento despavilado como ese gatito que se desliza por esa escalera, rozándose ligeramente con la pared: me parece muy político, aunque algún tanto inclinado al robo y á la lascivia. La magnífica noche del sabbat agita ya todos mis miembros, llega para nosotros pasado mañana, y ya se sabe por que se vela.

FAUSTO. ¿Tardará mucho en brillar en el cielo ese tesoro que he visto resplandecer aquí abajo?

MEFISTÓFELES. Pronto podrás tener el placer de robar el cofrecito á que últimamente he echado el ojo, y que contiene bellísimos escudos.

FAUSTO. ¡Y qué! ¿ni una joya, ni una sortija para adornar á mi querida?

MEFISTÓFELES. Algo de eso he visto por allá, una especie de collar de perlas.

FAUSTO. Bueno : tendría un disgusto si tuviese que ir á verla sin llevarle algún obsequio.

MEFISTÓFELES. No perderíais nada, me parece, en gozar todavía otro placer. Ahora que el cielo brilla lleno de estrellas, vais á oír una verdadera obra maestra : es una canción moral para seducirla de repente. *(Canta acompañándose con la guitarra.)*

¿Qué haces, di, desde la aurora,
Pobre Elisa,
Esperando hora tras hora
La sonrisa
Del que dice que te adora?
Si llegases, por tu estrella,
Á casa del pillo á ir,
Bien puedes entrar doncella,
Mas no doncella salir.
Si te tendiera sus brazos,
Y al instante
Te enredaras en los lazos
Que anhelante
Esconde entre sus abrazos,
¡Ay! resistete violenta
En el momento fatal,
Si es que antes no te presenta
Un anillo conyugal.

VALENTÍN *se adelanta*. ¿ Á quien pretendes engañar?
¡Por el fuego! ¡maldito cazador de ratones!... ¡al diablo en primer lugar el instrumento! y al diablo en seguida el cantor.

MEFISTÓFELES. ¡La guitarra en pedazos!

VALENTÍN. ¡Ahora espera este taja-cuellos!

MEFISTÓFELES *á Fausto*. Señor Doctor, no os acorbadéis! ¡Alerta! á mi lado, que yo os guío. ¡Al aire vuestra tizona! Dad ahora, que yo paro.

VALENTÍN. ¡Para pues!

MEFISTÓFELES. ¿Por qué no?

VALENTÍN. ¿Y ésta?

MEFISTÓFELES. Ciertamente.

VALENTÍN. ¡Creo que me bato con el mismo diablo!

¿Qué es esto? ¡se paraliza mi mano!

MEFISTÓFELES, *á Fausto*. ¡Horid!

VALENTÍN *cae*. ¡Oh cielos!

MEFISTÓFELES. Ya está amansado mi zopenco. Ahora, ¡largo! es preciso eclipsar nos al instante, que ya oigo gritar, ¡al asesino! Yo me arreglo fácilmente con la policía; pero lo que es con la justicia criminal, no me entiendo muy bien.

MARTA, *á la ventana*. ¡Socorro! ¡socorro!

MARGARITA, *lo mismo*. ¡Aquí, una luz!

MARTA, *gritando*. ¡Disputan, llaman, gritan, combaten!

EL PUEBLO. He aquí un muerto ya.

MARTA, *entrando*. ¿Conqué han huido los asesinos?

MARGARITA, *entrando*. ¿Quién es el muerto?

EL PUEBLO. El hijo de tu madre.

MARGARITA. ¡Dios poderoso! ¡qué desgracia!

VALENTÍN. ¡Yo muero! bien dicho, y más pronto hecho todavía... ¿Por qué os quedáis ahí, mujeres, quejándoos y gritando? Venid, y escuchad ne! *(Todos le rodean.)* ¿Lo ves bien, Margarita? Eres muy joven, y no tienes práctica todavía para manejarte en tus negocios. Te lo digo en confianza : tú eres ya una ramera, pues sólo en regla.

MARGARITA. ¡Hermano mío! ¡Dios! ¿qué dices?

VALENTÍN. No te burles de Dios, nuestro Señor. Lo hecho está hecho, y lo que ha de resultar resultará. Has empezado por entregarte en secreto á un hombre, pronto te entregarás á otro, y á otros después; y cuando lo estés á una docena, lo estarás á todo el pueblo. Cuando nació la vergüenza, se la tuvo secretamente en este mundo, y le taparon la cabeza con el

velo espeso de la noche : se hubiera querido ahogarla ; pero fué creciendo, se hizo corpulenta, y luego se dejó ver desnuda en medio del día, sin ser por eso menos fea : sin embargo, cuanto más horroroso es su semblante, más apetece la luz.

Ya estoy viendo el día en que toda persona honrada huirá de tí, prostituta, como de un cadáver corrompido. Te se desgarrará el corazón si llegan á mirarte cara á cara. ¡Ya no gastarás cadena de oro, ya no volverás á la iglesia! ya no presumirás en el baile con la gorguera bordada ; á las enfermerías, entre los mendigos y los estropeados, es adonde irás á tenderte... ¡Y, aunque Dios te perdonase, no serías menos maldecida en la tierra!

MARTA. Encomendad vuestra alma á Dios. ¿ Queréis amontonar sobre ella nuevos pecados?

VALENTÍN. Si siquiera pudiera echar mis manos sobre tu facha, abominable alcahueta, tendría esperanza de que se me perdonasen todos mis pecados.

MARGARITA. ¡Hermano mío! ¡Oh dolor infernal!

VALENTÍN. ¡Deja, déjate de llantos! Cuando te has separado del honor, me has dado en el corazón el golpe más terrible. Ahora el sueño de la muerte va á conducirme á la presencia de Dios, como á un militar y como á un hombre honrado. (*Muere.*)

La iglesia.

Misa, órgano y canto.

MARGARITA, *entre la multitud : el espíritu malo detrás de ella.*

EL ESPÍRITU MALO. ¡Cuán otra eras, Margarita, cuando llena de inocencia, te acercabas á este altar, murmu-

rando oraciones en tu librito usado, con el corazón ocupado, mitad de los juegos de la infancia, y mitad con el amor de Dios! Margarita ¿ en que piensas ? ; qué de pecados en tu corazón ! ; Ruegas por el alma de tu madre, á quien hiciste bajar á la tumba con profundos, muy profundos pesares ? ; Quién fué la causa de la sangre derramada en el umbral de tu puerta ? ; Y no se agita en tu seno, para tu tormento y para el suyo, algo cuya llegada será de un funesto presagio?

MARGARITA. ¡Ay! ¡Ay de mí! ¡Dios me libre de los pensamientos que se elevan contra mí!

CORO.

*Dies iræ, dies illa,
Solvat sæclum in favilla.*

(*Suena el órgano.*)

EL ESPÍRITU MALO. ¡La cólera del cielo te abruma ! ¡la trompeta suena, las tumbas se estremecen, y tu corazón, preparado para tu paso á las eternas llamas, tiembla oprimido!

MARGARITA. ¡Quién me diera estar lejos de este sitio ! Se me figura que ese órgano me ahoga, esos cantos desgarran mi corazón.

CORO.

*Judex ergo cum sedebit.
Quidquid latet apparebit,
Nil inultum remanebit.*

MARGARITA. ¡Qué angustia! Estas columnas me oprimen, esta bóveda me aplasta. ¡Aire!

EL ESPÍRITU MALO. ¡Ocúltate! ¡El crimen y la vergüenza no pueden ocultarse! ¡Aire! ¡luz!... ¡Desdichada de ti

CORO.

*Quid sum miser tunc dicturus,
Quem patronum rogaturus,
Cum vix justus sit securus ?*

EL ESPÍRITU MALO. Los escogidos apartan de ti sus rostros. Los justos temerían tenderte la mano. ¡ Desdichada !

CORO.

Quid sum miser tunc dicturu.

MARGARITA. Vecina, ¿ vuestro pomito ? (*Caé desmayada.*)

Noche del Sabbat.

MONTAÑA DE HARZ.

(Valle de Schirk y desierto.)

MEFISTÓFELES. ¿ Necesitarías un palo de escoba ? Para mí de buena gana tomaría el cabrón más fuerte... aún tenemos mucho que andar.

FAUSTO. Mientras no me falte la firmeza de mis piernas, me basta este palo nudoso. ¿ Por qué acortar el camino ? Deslizarse en el laberinto de los valles, subir después por esas rocas, de cuya cima se precipita esa cascada hirviente, es el único placer que puede hacer agradable este viaje. La primavera obra ya en esos álamos, y hasta los pinos empiezan á sentir su influencia : ¿ no debe obrar también en nuestros miembros ?

MEFISTÓFELES. Nada siento á la verdad : tengo en mi cuerpo el invierno : desearía que mi camino estuviese todo cubierto de nieve. ¡ Qué tristemente eleva su tardo brillo el oscuro disco de la luna ! Tan poco alumbra, que á cada paso tropieza uno con árboles ó peñas. Deja que llame un fuego fátuo : allá estoy viendo uno que brilla bastante mal. ¡ Hola ! ¡ amigo ! ¿ me atreveré á llamarte hacia nosotros ? ¿ Á qué lucir así inútilmente ? Ten la bondad de alumbrarnos hasta allá arriba.

EL FUEGO. Espero, siquiera por política, llegar á dominar mi ligereza natural, que, por lo demás, nuestro movimiento es habitualmente ondulante.

MEFISTÓFELES. ¡ Eh ! ¡ eh ! me parece que quiere remedar á los hombres. Á ver si anda rectamente en nombre del diablo, ó soplo su chispa vital.

EL FUEGO. Bien conozco que sois el señor de todo esto, y con gusto me sujetaré á vuestras órdenes. ¡ Pero pensadlo ! hoy está muy encantada la montaña, y si un fuego fatuo es el que os ha de guiar, no podréis caminar muy bien.

FAUSTO, MEFISTÓFELES, EL FUEGO.

(Coro alternativo.)

Delúvose nuestro vuelo
En un país de quimeras ;
Guíanos en este suelo
De brezos y enredaderas
Zarzas, y rocas, y hielos.

Mira cómo el viento muje
Desatando fuerzas locas,
Y, con su violento empuje,
Un árbol con otro cruje,
Y se estremecen las rocas.

Veo ríos y torrentes
Que se mézclan estruendosos
Y escucho votos fervientes,
Y suspiros amorosos,
Y quejas de mil pacientes.

¡ Hu ! ¡ hu ! ¡ hu ! ¡ y qué voces !
Garzas y buhos gimiendo,
Y su triste canto uniendo,
Infunden miedos atroces
De entre las ruinas veloces,
Se ve que salen guadañas,
Raíces feas y extrañas,
Lomos, brazos descarnados,
Vientres grandes y aplastados,
Y mil reptiles y arañas.

En los nudos que encontramos
Ya nuestros pasos se enredan ;
Allí mil ratones quedan ;
Allá insectos espantamos.
En las rocas divisamos,
Sobre oscuros agujeros,
Los pájaros agoreros
Y las moscas fugitivas,
Y aquí las chispas más vivas
Iluminan los senderos.

Mas en tan negro pantano
¿ Debe uno quedar sumido,
Ó ver si, con menos ruido,
Se puede salir al llano ?
Quizás el valor sea vano
Donde todo se estremece,
Se agita, brilla y parece
Lanzar males horrorosos,
Donde fuegos temblorosos
Dan luz que no resplandece.

MEFISTÓFELES. ¡ Agárrate bien á mi cola ! he aquí una
cumbre desde donde se ve, con admiración, como
Manmón resplandece en la montaña.

FAUSTO. ¡ De qué manera tan singular alumbrá el
valle la luz de un triste crepúsculo ! Penetra hasta el
fondo del abismo. Allí se eleva un vapor, allá una nube
rasgada ; acullá, en la sombra nebulosa, resplandece
una llama, ya serpenteando como una senda estrecha,
ya hirviendo como una catarata. Aquí se forman
infinitos arroyos, de mil surtidores, que, atravesando
la llanura, van á unirse entre apretadas rocas. Á nues-
tros pies saltan chispas, que por todas partes extien-
den un polvo de oro. Pero mira, ese monte de rocas
se inflama en su elevada cima.

MEFISTÓFELES. ¿ No ilumina su palacio el señor Man-
món, según conviene, para esta fiesta ? Tienes una
grar fortuna en ver esto. Ya adivino la llegada de
los estrepitosos convidados.

FAUSTO. ¡ Qué fuerte es el viento ! ¡ qué golpes me da
en las espaldas !

MEFISTÓFELES. Es preciso que te agarres á los picos
de las rocas, ó te precipitará al fondo del abismo. Una
nube oscurece la noche. Oye como gritan los árboles.
Los buhos huyen espantados. ¿ Oyes estallar las colum-
nas de estos palacios de verdura ? ¿ Oyes como se
estremecen y se quiebran las ramas ? ¡ Qué poderoso
movimiento en los troncos ! Y entre las raíces, ¡ qué
murmullo y que sacudimiento ! En su caída espantosa
se chocan los unos con los otros ; y sobre las hundidas
cavernas ¡ cómo silban los remolinos de viento ! ¿ Oyes
esas voces en las alturas, lejos y cerca de nosotros ?
¡ Bien ! Sí : toda la montaña resuena ya con un des-
aforado canto mágico.

HECHICERAS, *en coro.*

El Brocken todas trepemos :
Los granos verdes están,
Y la paja está amarilla :
Júntase allá la cuadrilla ;
Y allí al señor Urián,
Cual príncipe le tenemos.

UNA VOZ.

La vieja Baubo en el llano
Viene corriendo detrás :
Haced un sitio al marrano,
Y otro á la madre además.

CORO.

¡ Honor y paso á los viejos !
Pase la vieja granuja...
El cerdo trae á la bruja,
Y su casa viene lejos.

UNA VOZ. ¿ Por que camino vas tú ?

OTRA. Por el de Ilstein, en donde divisó un mo-
chuelo pue me está haciendo guiños...

OTRA. Ven, pues, al infierno. ¿ Por que corres tanto ?

OTRA. Me ha mordido ella : ¡ mira qué herida !